

## TRADUCCIONES

TOBA TEK SINGH

SAADAT HASAN MANTO

UN PAR DE AÑOS DESPUÉS de la División del país, a los respectivos gobiernos de India y Paquistán se les ocurrió que, como en el caso de los prisioneros, también había que transferir a los internos de los asilos para locos. Los lunáticos musulmanes internados en India debían ser transferidos a Paquistán, y los sikhs e hindúes internados en asilos paquistaníes debían ser enviados a India.

No sabemos si se trataba de una idea razonable o no; pero, según los conocedores, hubo muchas reuniones entre importantes funcionarios de ambos lados, hasta que al fin se estableció un día para intercambiar a los locos. Los detalles fueron cuidadosamente planeados. Los locos musulmanes cuyos parientes seguían residiendo en India no sufrieron molestia alguna, pero el resto fue transferido. En Paquistán, la situación era ligeramente diferente, pues casi toda la población de hindúes y sikhs ya había emigrado a India; por eso no se planteó la custodia de locos no musulmanes en Paquistán; todos los locos hindúes y sikhs fueron enviados a la frontera escoltados por la policía.

Si bien no se sabe cuál fue la reacción en India, cuando las noticias llegaron al asilo de lunáticos de Lahore, en Paquistán, el asunto se convirtió de inmediato en tema de una acalorada discusión. Cuando a un lunático musulmán, lector habitual del flamígero periódico *Zamindar*, le preguntaron qué era Paquistán, respondió tras profunda reflexión: "El nombre de un lugar en India donde se fabrican navajas para degolladores."

Esta profunda observación fue recibida con visible satisfacción.

Un lunático sikh le preguntó a otro sikh: "Sadarji, ¿por qué nos envían a India? Ni siquiera conocemos el lenguaje que hablan en ese país."

El hombre sonrió: "Conozco la lengua del Hindustán. Esos demonios siempre se pasean como si fueran los amos de la tierra."

Un día, mientras tomaba un baño, un lunático musulmán pronunció el eslogan "Paquistán Zindadab" con tal entusiasmo que perdió pie y fue encontrado más tarde inconsciente en el piso.

No todos los internos estaban locos. Algunos eran perfectamente normales, pero eran asesinos. Para evitarles el lazo del verdugo, sus familias habían conseguido que los enviaran allí sobornando a toda una cadena de funcionarios. Ellos tenían una vaga idea de por qué se había dividido India y de qué era Paquistán, pero, para el presente caso, tampoco eran conscientes de la realidad.

Los periódicos tampoco les servían de ayuda, y los guardianes del asilo eran analfabetos y brutos. De sus conversaciones no era posible concluir nada. Algunos decían que había un hombre llamado Mohammed Ali Jinnah que tenía el título de El Quaid-e-Azam y había conseguido un país independiente para los musulmanes llamado Paquistán. Los internos no sabían ni dónde estaba ubicado Paquistán ni hasta dónde se extendían sus fronteras. A eso se debía que, incluso los locos que no estaban totalmente locos, fueran incapaces de decidir si se encontraban en India o en Paquistán. Si se encontraban en India, ¿dónde se encontraba Paquistán? Y si se encontraban en Paquistán, ¿cómo era eso posible, si hasta el día anterior, viviendo en el mismo lugar, estaban en India?

Un interno estaba tan profundamente atrapado en esa confusión acerca de Paquistán e India, India y Paquistán, que un día, mientras barría el piso, lo tiró todo, se trepó al árbol más cercano y se instaló en una rama, punto aventajado desde el que habló durante dos horas acerca del delicado problema de India y Paquistán. Cuando los guardias le pidieron que bajara, él, lejos de hacerlo, se subió a una rama más alta, y cuando lo

amenazaron con castigarlo declaró: “No quiero vivir ni en India ni en Paquistán; quiero vivir en este árbol.”

Cuando finalmente lo convencieron de que se bajara, abrazó llorando a sus amigos hindúes y sikhs, pues sufría pensando que estaban a punto de abandonarlo para ir a India.

Un musulmán ingeniero en radios, con una maestría en ciencias y muy diferente de los demás locos, pues era aficionado a dar largos paseos en silencio durante el día, se sintió tan afectado por el debate que se quitó toda la ropa, se la entregó a uno de los empleados y corrió por el jardín completamente desnudo.

Un lunático musulmán de Chinnot, que había sido uno de los más abnegados trabajadores de la Liga Musulmana y tenía la obsesión de bañarse quince o dieciséis veces al día, dejó repentinamente de hacerlo y anunció —su nombre era Mohammed Ali— que él era Quaid-e-Azam Mohammed Ali Hinnah. Esto hizo que un interno sikh se declarara el maestro Tara Singh, el líder de los sikhs. En previsión de graves disturbios comunales, las autoridades los declararon peligrosos y los encerraron en celdas separadas.

Había un joven abogado hindú, de Lahore, que había perdido la razón después de un infortunado asunto amoroso. Cuando le dijeron que Amritsar iba a convertirse en parte de India se deprimió, porque su amada vivía en Amritsar —algo que él no había olvidado ni siquiera en su locura. Ese día maldijo a todos y a cada uno de los líderes hindúes y musulmanes, tanto a los importantes como a los insignificantes, que habían partido a India en dos, convirtiendo a su amada en una india y a él en un paquistaní.

Cuando las noticias del intercambio llegaron al asilo, sus amigos lo felicitaron porque ahora lo iban a mandar a India, el país de su amada. Sin embargo, él declaró que no tenía intención de abandonar Lahore, porque su actividad no iba a prosperar en Amritsar.

En el pabellón europeo había dos lunáticos angloindios. Cuando se les anunció que los británicos habían decidido marcharse a casa después de otorgar la independencia a India, cayeron en un estado de profunda conmoción y se los vio

hablando en susurros durante toda la tarde. Estaban preocupados por su nuevo estatus tras la independencia. ¿Seguiría habiendo un pabellón europeo, o lo eliminarían? ¿Se les seguiría sirviendo desayuno, o tendrían que subsistir con el detestable chapati indio?

Había otro loco, un sikh que había pasado en el manicomio los últimos quince años. Cada vez que hablaba, pronunciaba siempre el mismo enigmático galimatías: “O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung de la linterna.” Los guardianes afirmaban que no había dormido ni siquiera un instante, ni de día ni de noche, durante quince años. En ocasiones se le podía ver recostado contra una pared, pero el resto del tiempo estaba siempre de pie. Por esto tenía permanentemente hinchadas las piernas, cosa que no parecía molestarle, y a pesar de semejante molestia nunca descansaba acostado.

Últimamente escuchaba con mucha atención las conversaciones sobre el intercambio de locos entre India y Paquistán. Cuando se le pidió su opinión, dijo con solemnidad: “O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung del gobierno de Paquistán.”

Últimamente, sin embargo, el gobierno de Paquistán había sido remplazado por el gobierno de Toba Tek Singh, y también él había comenzado a preguntar adónde se iría Toba Tek Singh, su pueblito natal en el Punjab, pero nadie estaba seguro de si éste se encontraba en India o en Paquistán.

Quienes intentaron resolver el misterio quedaron completamente confundidos cuando les dijeron que Sialkot, que antes estaba en India, ahora se encontraba en Paquistán. Nadie sabía qué podía suceder con Lahore, que hasta ese momento se encontraban en Paquistán, pero que podía deslizarse hacia India en cualquier momento. Acaso toda la India se convertiría en Paquistán. ¿Y quién podía asegurar que algún día ambos, India y Paquistán, no se borrarían completamente del mapa?

El sikh había perdido casi todo el pelo, y el poco que tenía, como rara vez se lo lavaba, estaba todo enredado, lo que le daba una apariencia extraña, incluso aterradora. No obstante, era un individuo inofensivo y en quince años no había peleado

con nadie. Los empleados más antiguos del asilo sabían que había sido un próspero terrateniente de Toba Tek Singh que de pronto había enloquecido. Sus parientes lo habían llevado, atado y encadenado, quince años antes.

Una vez al mes solía recibir visitas, pero desde el inicio de los disturbios comunales por el problema de la División sus familiares habían dejado de ir a verlo. Su verdadero nombre era Bishan Singh, aunque todo mundo lo llamaba Toba Tek Singh. Vivía en una especie de limbo, sin idea alguna sobre qué día de la semana o mes era, o cuántos años habían pasado desde que lo habían encerrado. Sin embargo, había desarrollado un sexto sentido con relación al día de visitas, y en esos días se bañaba, se enjabonaba el cuerpo, se aceitaba el pelo y se lo peinaba y se ponía la ropa limpia que no usaba el resto del tiempo. Nunca decía una palabra durante esos encuentros, salvo unos ocasionales estallidos de: “O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung de la linterna.”

Cuando lo encerraron había dejado una bebita, que ahora era una joven de quince años. Bishan no la reconocía en absoluto. Cuando ella era niña y venía de visita, lloraba mucho al ver a su padre en esa condición; ahora las lágrimas seguían brotando de sus ojos. En el extraño mundo que él habitaba, la cara de ella no era sino una cara más.

Desde el comienzo de este embrollo entre India y Paquistán había comenzado a preguntar a sus compañeros dónde estaba ubicado exactamente Toba Tek Singh, pero no recibía ninguna respuesta satisfactoria, lo que lo llevaba a estar cada día más inquieto. Las visitas se habían detenido de pronto. Su sexto sentido, que antes le recordaba el día de las visitas, también se había atrofiado.

Extrañaba a su familia, los dulces y la ropa que le llevaban y el interés con el que le hablaban. Estaba seguro de que ellos habrían podido decirle si Toba Tek Singh se encontraba en India o en Paquistán. Además, también tenía la sensación de que ellos venían de Toba Tek Singh, donde había estado su hogar.

Uno de los internos se había proclamado Dios. Cuando Bishan Singh le preguntó un día si Toba Tek Singh se encontraba en India o en Paquistán, el hombre respondió entre

dientes: “Ni en India ni en Paquistán, porque hasta ahora no hemos dado órdenes al respecto”.

Bishan Singh le suplicó a “Dios” que diera las órdenes pertinentes para que su problema se solucionara, pero quedó defraudado porque “Dios” parecía estar preocupado por asuntos más urgentes. Finalmente, ya harto, le dijo: “O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung del Guruji de la Khalsa y de los dictámenes del Guruji... jo boley so nihal sat sri akal”; con lo que probablemente quería decir: “No atiendes mis súplicas porque eres un dios musulmán. Si fueras un dios sikh seguramente me habrías escuchado.”

Pocos días antes de que se efectuara el intercambio, uno de los amigos musulmanes de Bishan Singh en Toba Tek Singh vino a verlo por primera vez en quince años. Bishan Singh lo miró una sola vez y se dio vuelta, hasta que un guardia le dijo: “Éste es tu amigo Fazal Din. Vino hasta aquí para verte.”

Bishan Singh miró a Fazal Din y comenzó a murmurar algo. Fazal Din puso una mano en el hombro de su amigo y le dijo: “Hace mucho que quería venir a traerte noticias. Toda tu familia está bien y se marchó a India en condiciones de seguridad. Hice lo que pude para ayudarlos. Tu hija Roop Kaur...” —hubo una pausa de duda y Bishan Singh trató de recordar algo—, “ella también se encuentra a salvo en India.”

Bishan Singh permaneció en silencio. Fazal Din continuó: “Tu familia quería que me asegurara de que te encontrabas bien. Pronto partirás hacia India. Qué más puedo decirte, salvo que des mis saludos al hermano Balbir Singh, al hermano Vadhawa Singh y a la hermana Amrit Kaur. Dile al hermano Bibir Singh que Fazal Din se encuentra bien, por la gracia de Dios. Las dos búfalas marrones que dejó aquí se encuentran bien. Ambas parieron terneros, pero, desafortunadamente, uno de ellos murió a los seis días. Diles que pienso mucho en ellos y que me escriban diciendo en qué puedo servirles.” Luego, agregó: “Aquí te traje algunos bizcochos de arroz hechos en casa.”

Bishan Singh tomó el regalo y se lo pasó a uno de los guardias. “¿Dónde está Toba Tek Singh?”, preguntó.

“¿Dónde? ¿Por qué? Está donde siempre ha estado.”

“¿En India o en Paquistán?”

“En India...no, en Paquistán.”

Sin decir una palabra más, Bishan Singh se alejó murmurando: “O, par di, gurgur de bah dhyana de las lentejas de mung del Paquistán y el Hindustán se vayan al infierno.”

Mientras tanto, los arreglos para el intercambio estaban llegando rápidamente a su fin. Las listas de los locos de ambos lados ya se habían intercambiado y la fecha del traspaso había sido fijada.

Hacía mucho frío cuando los autobuses llenos de locos hindúes y sikhs, acompañados por policías armados y funcionarios, empezaron a dejar el asilo de Lahore para dirigirse hacia Wagha, la línea divisoria entre India y Paquistán. Hubo una reunión de los funcionarios superiores de ambos países a cargo del intercambio, se firmaron los documentos, y la transferencia empezó a realizarse.

Hacer que los hombres bajaran de los autobuses y entregarlos a los funcionarios era una tarea difícil. Algunos simplemente se negaban a bajar. Quienes aceptaban hacerlo eran difíciles de controlar, porque comenzaron a correr atropelladamente en todas direcciones. Algunos estaban totalmente desnudos. Todos los esfuerzos para conseguir que se cubrieran fracasaban, porque era imposible impedir que se arrancaran las ropas. Algunos gritaban insultos o cantaban. Otros lloraban amargamente. Se produjeron numerosas disputas.

En suma, prevalecía la más completa de las confusiones. También se estaba haciendo un intercambio de locas y éstas eran todavía más ruidosas. Hacía un frío cruel.

La mayoría de los internos parecía estar completamente en contra de la transferencia. Simplemente, no podían entender por qué habían sido sacados a la fuerza, arrojados en autobuses y conducidos a ese lugar extraño. Algunos, que podían entender algo, gritaban “Paquistán Zindabad” y “Paquistán Murdabad”. Dos o tres veces estuvieron a punto de producirse disturbios, porque algunos sikhs y musulmanes se sentían provocados por los gritos.

Cuando llevaron a Bishan Singh al otro lado de la valla y le preguntaron cuál era su nombre para apuntarlo en un registro,

él interrogó al funcionario que se hallaba detrás del escritorio: “¿Dónde está Toba Tek Singh? ¿En India o en Paquistán?”

“En Paquistán”, respondió el funcionario con una risa vulgar.

Bishan Singh intentó correr hacia sus compañeros, pero los guardias paquistanés lo agarraron y trataron de empujarlo hacia India a través de la línea divisoria. Sin embargo, él no se movió. “¿Esto es Toba Tek Singh?”, y comenzó a gritar: “O, par di, gurgur de bah dhayana de las lentejas de mung de Toba Tek Singh y Paquistán.”

Se hicieron muchos esfuerzos para explicarle que Toba Tek Singh ya era parte de India, o que próximamente lo sería, pero eso no produjo efecto alguno en Bishan Singh. Cuando los guardias intentaron usar la fuerza, se irguió sobre sus piernas hinchadas, como si ninguna fuerza del mundo pudiera moverlo de allí.

Como era un viejo inofensivo, no realizaron más esfuerzos para empujarlo hacia India. Se le permitió que se quedara donde quisiera mientras el intercambio continuaba. Cayó la noche.

Poco antes del amanecer, Bishan Singh, el hombre que había permanecido sobre sus piernas durante quince años, dio un grito, y cuando los funcionarios de ambos lados corrieron hacia él, se derrumbó sobre la tierra.

Allí, detrás de la barda de espinos, de un lado estaba India, y detrás de más bardas de espinos, al otro lado, estaba Paquistán. En medio, sobre un pedazo de tierra sin nombre, yacía Toba Tek Singh.

Traducción del urdu:  
UMA THUKRAL